SOBRE LA SUPUESTA ALIANZA

ENTRE LOS PARTIDARIOS

DEL PRÍNCIPE D. ALFONSO

Y EL DUQUE DE MONTPENSIER.

DATOS Y REFLEXIONES

POR

UN ALFONSISTA PURO.

Integer vitæ, scelerisque purus
Non eget mauris jaculis, neque arcu,
Nec venenatis gravidâ sagittis,
Fusce, pharetrâ.

HORACIO.

MADRID,
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle del Duque de Osuna, número 3.

1871

upna

SOBRE LA SUPUESTA ALIANZA

ENTRE LOS PARTIDARIOS

DEL PRÍNCIPE D. ALFONSO

Y EL DUQUE DE MONTPENSIER.

DATOS Y REFLEXIONES

POR

UN ALFONSISTA PURO.

Integer vitæ, scelerisque purus
Non eget mauris jaculis, neque arcu,
Nec venenatis gravidâ sagittis,
Fusce, pharetrâ.
HORACIO.

MADRID,
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle del Duque de Osuna, número 3.

1871

upna Universidad Pública de Navarra Nafarroako Unibertsitate Publikoa

Cada época tiene su carácter peculiar y distinto de las anteriores y de las que la siguen: quien lo desconoce, y no arregla sus pensamientos, sus palabras y sus actos á la atmósfera en que vive, jamás podrá ser útil á sus contemporáneos, y se agitará en vano, conducido tal vez por los más nobles propósitos, sin poder trasmitirlos á la sociedad de que forma parte. Uno de los rasgos distintivos en la de nuestro tiempo es la franqueza, la publicidad, la falta de misterio, y como resultados, la discusion y la controversia; el derecho de decirlo todo, el deber de no callar sobre ciertas cuestiones; en una palabra, la guerra de ideas, y el campo libre igualmente á todas ellas para que se manifiesten, procurando imponerse á los demas, y lo consigan ó no, segun su verdad, su virtud y su eficacia. Que esto sea útil ó perjudicial, no es oportuno detenerse á examinarlo ahora; basta sentar el hecho y la necesidad de someterse á él en la época presente, á lo cual están obligados hasta los mismos que más lo repugnan, de la misma manera que necesitan vestir su cuerpo con un traje de forma determinada, si quieren alternar entre las gentes cultas de nuestros dias.

upna Universidad Pública de Navarra Nafarroako Unibertsitate Publikoa

Fundándonos en este hecho, y sometiéndonos á él con gusto, nos proponemos fijar ciertos puntos históricos muy recientes, aunque parecen de algunos olvidados, y tocar al propio tiempo la grave cuestion que apunta desde hace algunos meses en el campo de la política española; cuestion que los mal informados dan por resuelta, y que por parte de los hombres y entidades políticas llamados á resolverla no se ha tratado hasta ahora con la publicidad, diafanidad y franqueza á que deben sujetarse siempre, y hoy principalmente, todos los movimientos y evoluciones de los partidos.

Oscuro y modesto soldado de uno de ellos el que escribe estos desaliñados renglones, cree que no debe dejarse pasar más tiempo sin hablar claro, diciendo al país y á su partido la verdad pura tal cual la siente, y señalando los obstáculos, las imposibilidades, la ineficacia y los males de ciertas inteligencias y acomodos, suavemente insinuados por algunos, no rechazados por otros con los bríos que fuera menester, vistos por los más con frialdad y cautelosa desconfianza, y colocando á muchos en una situacion embarazosa y molesta, que les obliga á bajar la cabeza, balbuceando palabras de doble sentido, en vez de hablar claro, llevando aquella levantada y alta, cual conviene al hombre cuando sigue el camino del deber.

I.

Cayó en Setiembre de 1868 todo el órden de cosas político que imperaba en España, simbolizado por el trono de doña Isabel II. Al inaugurarse la situacion nueva se quiso cambiarlo todo, instituciones, leyes, costumbres; y todo se cambió, en efecto, ménos los hombres, ya de antiguo conocidos, y figurando en el país y áun en las esferas oficiales de mucho tiempo atras.

Como era consecuencia natural de plantearse por hombres acostumbrados al anterior régimen las nuevas instituciones, éstas han venido á ser una mezcla y confusion deplorables de lo antiguo y de lo nuevo, en que casi siempre se ha conservado todo lo malo de ántes existente con todo lo nuevo y malo tambien que se venía soñando en la Universidad Central y en las Academias. Tomaron la direccion del buque en la parte teórica *los filósofos y los retóricos al uso*, encargándose de aplicar sus sistemas hombres políticos acostumbrados toda su vida á gobernar con otras leyes, quizá no tan *científicas*, pero de seguro más *prácticas;* y para que nada faltase á semejante Babel, los progresistas, con

upna Universidad Pública de Navarra Nafarroako Unibertsitate Publikoa

sus torpezas de siempre, con sus tradicionales preocupaciones, con su incapacidad para entender las ideas nuevas, y aceptándolas sin embargo, por haber oido decir que eran muy liberales, y tambien con el estado especial en que les constituia su largo alejamiento del poder, vinieron á llevar á su colmo el desconcierto y el barullo á que ha venido á parar en sus manos el noble pueblo español.

Involuntariamente dejábamos correr la pluma, engolfándonos con placer en lo que no conduce á nuestro objeto. Escribimos para los conservadores, para los enemigos de la revolucion de Setiembre, y no hay necesidad alguna de demostrarles que la revolucion es mala; el país en general, y los contribuyentes en particular, saben tambien á qué atenerse respecto á este punto. El fallo de los conservadores especialmente, que es lo que más necesitamos para el órden de nuestros razonamientos, es unánime, y hasta la Union Liberal misma participa hoy de estas ideas, exceptuando el grupo de fronterizos resellados, á los cuales no nos dirigimos.

Podemos, pues, sentar como una verdad indiscutida hoy entre los conservadores, que la revolucion de Setiembre ha producido á España males sin cuento, arrastrando al país á un estado infinitamente peor del que se pretendia reformar; y así como lo primero que pregunta el médico es la causa de la enfermedad, y así como tratamos de averiguar el orígen de los males, para ponerles acertado remedio, *é impedir su reproduccion*, así tambien conviene echar una ojeada sobre los autores del cataclismo, y conocer á fondo á los atizadores del incendio.

II.

Que los partidos progresista y demócrata no hubieran llegado nunca, sin otro auxilio, á derribar lo que existió hasta fin de Setiembre de 1868, lo dicen los hechos, con las tres fracasadas intentonas del 2 de Enero y 22 de Junio de 1866, y la del verano de 1867; lo proclama con verdad, si no con juicio, la Union Liberal; y lo demuestra palmariamente aquel delicioso folleto del Sr. García Ruiz, modelo de cándida sinceridad y de *bonhomie* revolucionaria. Todo estaba ya perdido para los rebeldes y para su causa. Prim desesperaba por completo, á pesar de su tenacidad de carácter; Sagasta maldecia de España y de los españoles; Castelar tenía decidido marcharse á América para exhalar sus himnos á la libertad entre aquellas razas emancipadas; Zorrilla soñaba con el ejercicio de la abogacía y las empresas industriales; Olózaga meditaba en volver á sus posesiones de Vico y en morir allí tranquilamente, alejado de la política, vengándose con su retiro de la ingratitud de sus conciudadanos. En esta situacion, vino la Union Liberal á mezclarse con los revolucionarios antidinásticos, abriéndoles de nuevo los horizontes, ya cerrados á toda esperanza.

¿Cómo y por qué tomó parte en la revolucion el

upna Universidad Pública de Navarra Nafarroako Unibertsitate Publikoa

partido acaudillado, miéntras mereció el nombre de tal, por D. Leopoldo O'Donnell?

Notorio es á todos los que siguen y conocen las vicisitudes de nuestra política que la actitud de este eminente personaje, á partir desde su retirada del poder hasta su muerte, nunca fué antidinástica. Pudo haber en él momentos de despecho, consecuencia de su alejamiento de los negocios públicos, á que consagraba su vida exclusivamente; sin duda se lamentó, en el seno de la familia y de la intimidad, del ocio forzado, y para él insoportable, á que le condenaba lo que él creia á veces una ingratitud, y no era más que el resultado necesario de la marcha de los sucesos; pero, sea cual fuere el estado de su ánimo, no por eso es ménos cierto que, aleccionado su tacto político y su patriotismo por las peripecias del bienio, se negó constantemente á establecer ninguna clase de alianza con los progresistas, lo mismo que á tomar parte en ningun movimiento revolucionario, y aconsejó sin cesar á sus amigos más impacientes la quietud y la esperanza de dias mejores, que el curso natural de los acontecimientos habia de traer para su partido.

Hay más todavía; y, entre otros hechos, que fijan y determinan clara y evidentemente su actitud para con la dinastía y para con la Reina misma, vamos á citar uno muy significativo, recogido de boca de uno de los testigos presenciales, amigo del ilustre General, á quien acompañaba á la sazon en su retiro de Biarritz. Rodeado en este punto de su familia y de algunos íntimos, militares los más y antiguos compañeros de armas, recibióse súbito la noticia de la insurreccion de

Aragon y Cataluña en el verano de 1867. Las oscuridades del telégrafo produjeron al pronto la impresion de sucesos mucho más graves que los que ocurrian, y lo vago ó equivocado del primer telégrama dió motivo para creer en el próximo triunfo del movimiento, y para conjeturar que la córte se ponia en salvo dirigiéndose á la frontera. Inmediatamente el General, saliendo de la apatía á que estaba condenado en su voluntario destierro, se levantó exaltado y ardoroso, exclamando que habia llegado la hora de probar su lealtad y sus sentimientos; que la Reina estaba en peligro, y con ella la patria: *Á caballo, señores, al momento*, añadió, *á caballo sin perder instante, y corramos á defender, á salvar á la Reina.* Enseguida recibiéronse noticias más claras y detalladas, que limitaban la sublevacion á sus verdaderas proporciones, y que apagaron el ya inútil ardimiento del ilustre caudillo.

Murió algunos meses más tarde el Duque de Tetuan, y no parece sino que murió tambien con él la prudencia de su partido.

Quede, pues, sentado que el general O'Donnell, si bien resentido de la Reina, tuvo la cordura, la sensatez, el patriotismo y la lealtad de negarse constantemente á tomar parte en ningun movimiento ni concierto antidinástico; que impidió á los hombres más ardientes y ménos previsores de su fraccion entrar en conspiraciones en ningun sentido; que se manifestó dispuesto á defender el trono de Isabel II, cuando lo creyó en peligro; y que rechazó muy principalmente cuantas tentativas y conatos se hicieron cerca de su persona por los amigos del Duque de Montpensier, ya

upna Universidad Pública de Navarra Nafarroako Unibertsitate Publikoa

en movimiento en aquella época. Toda combinacion sobre esta base le pareció siempre, no sólo repugnante á su lealtad, sino absurda y funesta para España.

III.

Muerto el general O'Donnell, quedó la Union Liberal sin jefe, sin direccion, sin la prudencia y el tacto que eran patrimonio de su insigne caudillo, hirviendo en impaciencias, en rencores, en espíritu de aventuras y en el deseo de venir al poder por cualquier camino. Apartáronse á un lado todos los hombres sesudos de aquel partido, y quedó bullendo, sin otra cohesion que la que dan las pasiones, ni otra direccion que el acaso y la fortuna, la parte más menuda, atolondrada y batalladora. Tales elementos eran materia dispuesta para ser explotada por un personaje de posicion elevada, de grandes riquezas, de sangre real, cuñado de la Reina, y que habia conseguido durante veinte años de estudio en su conducta, y de direccion determinada en todos sus actos, adquirir reputacion de prudente y cuerdo, y atraerse la consideracion y el respeto, ya que no las simpatías, que nunca llegó á obtener.

Creyó este personaje que era llegado el momento de realizar el sueño de veinte años, alimentado por el

fuego devorador de una pasion reconcentrada en sus deseos y en sus ambiciones, que algunos habian podido entrever ó adivinar, de que nadie habia recibido la confidencia ni la expansion.

Un partido que se encontraba en el estado en que hemos descrito los restos de la Union Liberal y un príncipe embriagado por toda una vida de pensamientos en el afan de reinar, debieron entenderse y se entendieron. ¿Hubiera ido la Union Liberal á Cádiz y á Alcolea si no la hubiera llevado á aquellos sitios el Duque de Montpensier? Evidentemente no. Ni hubiera tenido objeto, ni, sobre todo, medios para ir. Unos se hubieran quedado bullendo y otros se hubieran ido resellando.

IV.

Establecida la inteligencia entre el príncipe de Orleans y la porcion más bulliciosa y alborotada de los unionistas, fué preciso extender el concierto á los partidos que ya de tiempo atras venian en rebelion abierta contra el trono. Se trataba de derrocar éste y la dinastía, y en este primer propósito todos estaban conformes; en lo que se habia de hacer despues no podia establecerse acuerdo. Algunos, pocos entónces, querian

upna Universidad Pública de Navarra Nafarroako Unibertsitate Publikoa

la república; otros la monarquía de Montpensier, la de la Infanta su mujer, si lo primero no era posible, y hasta la regencia de uno ú otro, ó de ambos juntos, con alguno de sus hijos por rey, y tambien con el mismo Príncipe de Astúrias en último término; que, con tal de alcanzar el poder, no daban gran importancia al título de ocupacion los unionistas; y su improvisado jefe, si no se contentaba con estas últimas soluciones, siempre hubiera ganado con ellas mucho para conseguir más tarde la que directamente encaminaba á su persona. Sólo los progresistas, como de ordinario les acontece, no sabian adónde habia de llevarles la revolucion. Peleaban por el poder, y nada más; las proclamas de Prim en sus diversas rebeliones, y los resultados posteriores, confirman su falta absoluta de plan.

Habia una fórmula, sin embargo, para unir tan encontradas y confusas aspiraciones: soberanía nacional y Córtes constituyentes. Encontrada fácilmente esta fórmula, estaba hecha la coalicion, á que unos habian de llevar el calor popular, los gritos de las calles y el ardor de las turbas, y los otros lo que verdaderamente importa y decide estos negocios: el dinero y las bayonetas. Todos los prácticos en revoluciones y pronunciamientos saben de sobra que es muy difícil, si no imposible, hacerlos sin dinero. Gracias á los nuevos arreglos de la Union Liberal, aunque con cierta tasa y medida, podia contarse con este elemento indispensable de las insurrecciones, sobre todo cuando son artificiales y carecen de la predisposicion y espontaneidad en el pueblo y en el ejército, que faltaba á la de Setiembre.

Dispuesto ya todo, habia que vencer aún algunas

repugnancias, quebrantar algunos restos de lealtad. Entre los generales de la Union Liberal los hubo que se decidieron á sublevarse, porque no podian sufrir más tiempo los desaires, los atropellos y los malos tratamientos á que aquella situacion les condenaba: tal sucedió al Duque de la Torre, segun él mismo ha declarado en el Congreso.

No tenian otros, en verdad, tan serios pretextos; Topete, por ejemplo, é Izquierdo eran mimados, empleados y motivos de confianza para la situacion que se iba á derribar. No hablarémos de los móviles que decidieron al segundo; mas no podemos ménos de hacer notar los esfuerzos de toda clase que se empléaron para con el primero; no podemos desechar tampoco de nuestra memoria los halagos y los agasajos de toda especie de que fué objeto en su viaje á Lisboa, conduciendo los ilustres príncipes desterrados, el Sr. Arias, comandante de la *Villa de Madrid*, único buque *armado* de los que componian la escuadra de Cádiz, y cuyos cañones precisaba tener propicios, segun habia advertido el Sr. Topete previsoramente.

Resulta, por consiguiente, del estudio detenido y exacto del movimiento de Cádiz, que no se hubiera podido hacer de modo alguno sin la intervencion directa y eficacísima del Duque de Montpensier, y lo mismo puede asegurarse del de Sevilla. No hay, ciertamente, que esforzarse en probarlo. Los más ardientes partidarios del Duque ¿no lo han dicho y publicado de todas las maneras? ¿No han reconvenido y reconvienen todavía como desleales y traidores á los que, segun ellos, han abandonado la causa de su patrono? ¿No

upna Universidad Pública de Navarra Nafarroako Unibertsitate Publikoa

han llegado hasta á amenazar, los ménos discretos ó más indignados, con la publicacion de cartas, de datos y de documentos de cierta especie? ¿No han declarado en todos los tonos que la revolucion no se hubiera hecho sin el Duque de Montpensier y sus parciales; que á ellos, y á ellos exclusivamente, se debe? Pues esto basta á nuestro propósito.

V.

Creen muchos que el Duque de Montpensier hubiera ido derecho al palacio de Madrid desde los campos de Alcolea, y que el célebre puente del mismo nombre era el único camino del trono, y aquélla la sola ocasion de ganarlo. Opinan otros que, si hubiera tenido la paciencia y el cálculo sagaz de mantenerse en Lisboa, alejado de las intrigas y no dando tan intemperantes muestras de ambicionar la corona, ésta le hubiera sido ofrecida por la revolucion, falta de rey.

Si bien no puede desconocerse que era lo mejor para sus pretensiones adoptar resueltamente uno de los dos caminos, el de la audacia ó el de la prudencia, y lo peor tomar el temperamento medio, que reune los inconvenientes de ambos sistemas y ninguna de sus ventajas, no por eso es ménos evidente á nuestros ojos

que, lo mismo por la una que por la otra senda, hubiera tropezado siempre con obstáculos insuperables, sobrado fuertes para hacerle fracasar en su empeño.

No hay duda de que el Duque de Montpensier ha incurrido en la falta, imperdonable para un político, de hacerlo todo tarde. Tarde vino de Lisboa; tarde se decidió al fin á descubrirse, aunque siempre á medias, y á trabajar más abiertamente en favor de su causa; tarde se presentó en Madrid; tarde intentó dar muestra de su valor en aquel desdichado y funesto duelo; tarde llegó á ser diputado; tarde conoció que lo engañaban; tarde se apercibió de la explotacion de que era objeto; tarde ha visto, al fin, que no puede ser rey de la revolucion, y maniobra para llegar á serlo de los conservadores, que lo conocen ya bastante, y saben que, no estando cortado para las grandes empresas, nunca le ayuda en ellas el acierto ni la fortuna.

Á pesar de haber llegado tarde y mal á todas partes, es un convencimiento para nosotros que, aunque hubiera llegado á tiempo, y con mayor habilidad, hubiera obtenido siempre el mismo fracaso; tal es la fuerza de las cosas, que no es dado al mismo genio contrastar, y mucho ménos á las medianías.

No era posible que el general Orleans se hubiera puesto al frente de las tropas sublevadas, sin resfriar por completo el ardor revolucionario, absolutamente indispensable en los primeros momentos para hacer triunfar la revuelta, de éxito muy dudoso en su principio. El populacho de las ciudades no hubiera calentado con sus gritos ni con sus entusiastas furores el movimiento, y éste hubiera sido ahogado, como lo son

upna Universidad Pública de Navarra Nafarroako Unibertsitate Publikoa

siempre las sublevaciones militares cuando el pueblo no las secunda y anima. Por muy extraviadas y perdidas que estén entre nosotros las nociones del deber y de la lealtad, no se arrastran todavía en España los batallones al olvido de sus juramentos, ni se les mantiene y hace persistir eficazmente en su delito, si no vienen á aturdirlos y á embriagarlos constantemente los alaridos de las calles y de las plazas, los estremecimientos de las muchedumbres exaltadas, los discursos y las proclamas de los tribunos, la invocacion de los santos, aunque profanados, nombres de libertad é independencia, el correr de las turbas y el hervidero, en fin, de un pueblo en revolucion. Nada de esto hubiera habido á presentarse en primer término la figura sospechosa del Duque de Montpensier; y de haber algo por parte del pueblo, hubiera sido en su contra: las tropas sublevadas necesitáran entónces combatir con las leales de una parte, y contener al paisanaje de la otra; doble é imposible tarea, que no se ha visto, que no se verá jamas en las revoluciones modernas, hechas al grito de libertad, y que sería un contrasentido, más impracticable que inexplicable todavía. No, no era posible que los soldados de una revolucion que se hacia al grito de *¡Abajo los Borbones!* fueran mandados por un Borbon, marido de una princesa de la misma familia, y cuñado de la augusta Señora contra quien se desataban principalmente las iras populares.

La verdad es que en las revoluciones modernas, cuando se derriba un rey, es casi imposible alzar instantáneamente otro rey sobre el deleznable paves de la soberanía nacional, y cuando se derriba un monarca, cuya

dinastía viene ocupando sin interrupcion el trono durante siglos, es absolutamente imposible reemplazarlo en el acto. Ántes los pueblos no se podian pasar sin rey un solo dia; hoy se acomodan perfectamente á no tenerlo. En lo antiguo, al grito contra el destronado iba unida siempre la aclamacion del sucesor; en lo moderno se grita: ¡Abajo los tiranos, y viva la libertad! Otras veces el clamor de las turbas iba sencillamente contra la persona; ahora va intencionadamente contra el trono; no hay que forjarse ilusiones. Así sucede que, despues de cada destronamiento, el pueblo necesita gozar por algun tiempo de toda la plenitud de su soberanía, y saborear todas sus licencias y sus excesos, ántes de darse un nuevo amo. Eso sucedió en Inglaterra al derribar á los Estuardos, eso mismo sucedió en Francia al derribar á los Borbones, y eso tenía que suceder y ha sucedido en España (1).

Sea de esto como quiera, la revolucion de Setiembre se encarnó desde luégo en un hombre, que era quien tenía la fuerza y quien dominó desde grande altura, hasta su muerte, á todos los demas revolucionarios. Este personaje fué el general Prim, que, fiel á su mision, y cumpliendo en esta parte el voto popular con rigorosa exactitud, cerró despiadadamente al Duque de Montpensier todos los caminos del trono, y de la misma manera le hubiera cerrado otros si los hubiera emprendido. La historia asignará sin duda un papel providencial al Conde de Reus, atravesado constante-

(1) La inmediata elevacion de Luis Felipe no contradice nuestras afirmaciones. Ademas, Francia estaba ya acostumbrada á expulsar reyes, y no necesitó de gran trastorno, ni puede llamarse revolucion al cambio de 1830.

upna Universidad Pública de Navarra Nafarroako Unibertsitate Publikoa

mente en el sendero de las pretensiones montpensieristas, y yendo á morir á manos de oscuros y miserables asesinos justamente cuando su papel terminaba, cuando el rey de la revolucion sentaba su planta en la tierra española, cuando ya no era posible á nadie volver atras, y hasta el mismo Topete tenía que ir á recibir y á acompañar, y á servir de escudo con su vida al nuevo Monarca.

En medio de todo, y puesto que D. Antonio de Orleans no habia de llegar á su objeto de ninguna manera, no ha dejado de proporcionarle ventajas, y principalmente de eximirle de riesgos, ese término medio de su conducta, esa falta de decision para ir hasta los extremos de la audacia, que algunos conceptúan indispensable en los aspirantes al supremo poder. Y dígase cuanto se quiera de su poca destreza, es lo cierto y seguro que ha conseguido librarse, hasta ahora, de ser comprendido en aquella gran frase con que acaba de pintar Tácito las vacilaciones de Vespasiano, y que debieran tener siempre en la memoria los que á tan elevadas miras remontan sus ambiciones: *Imperium cupientibus, nihil medium inter summa aut præcipitia.* Es verdad que el Duque de Montpensier no ha llegado á lo primero, pero tampoco ha caido todavía en lo segundo. No tienen, por consiguiente, razon sus antiguos partidarios, cuando, para irle desertando, descargan sobre sus torpezas el mal éxito de sus pretensiones.

VI.

Pero ¿qué partidarios quedan hoy al Duque de Montpensier? Ninguno, realmente, más que el mismo Duque.

La Union Liberal se ha separado en dos grupos. El uno, el más político, el ménos impaciente, el compuesto de los hombres de mayor formalidad y consejo, es franca ó disimuladamente alfonsista; no abandonando su objetivo, pero dando mucho al tiempo, y fiando principalmente á las circunstancias y á la necesidad de las cosas la realizacion de sus deseos, muestra disposiciones á transigir con lo actual, como una etapa necesaria, como un aplazamiento indispensable para llegar á su fin. El otro, el más jóven y bullicioso, el más impaciente, el que ménos se resigna á vivir léjos de las regiones oficiales, ha abrazado resueltamente la causa de la nueva dinastía. Quedan solamente algunos políticos tercos, fragmentos aislados, estrellas errantes, que parecen ser todavía montpensieristas, aunque no lo dicen; son muy pocos, y carecen hoy de autoridad y de fuerza sobre la opinion. ¿Cómo han de tenerla, si ellos aceptaron ó contribuyeron á hacer la revolucion, si colaboraron en el Código fundamental, si dijeron que aceptarian al rey que tuviese mayoría en la Constituyente? El rey fué al fin encontrado, y por cierto muy

upna Universidad Pública de Navarra Nafarroako Unibertsitate Publikoa

del corte y al gusto de los elementos más predominantes en la revolucion. Los que aceptaron y ensalzaron á esta última no tienen motivo alguno justo para ser hostiles al monarca nuevo, y, ó hay que sostenerle y apoyarle, ó reconocer paladinamente que la revolucion fué un gran desastre, y que nada mejor puede hacerse que volver á la legitimidad, de que tan precipitada y ligeramente se apartaron.

Para mejor redondear nuestra demostracion, citarémos un hecho, que arroja luz deslumbradora sobre el ejército fantástico de los partidarios del Orleans español.

En Sevilla, su habitual residencia, donde ha trabajado durante veinte y tres años por adquirir prosélitos, con una constancia digna de mejor suerte, donde creen algunos que tiene gran núcleo de amigos, y éstos entre la gente granada y personas de cuenta, no pudo encontrarse, en las últimas elecciones generales, ningun candidato que se atreviera á firmar una manifestacion electoral declarándose montpensierista. Por circunstancias especiales de aquella localidad y de aquella eleccion, los republicanos, que llevaban inmensa mayoría en ella, hubieran votado á un diputado de oposicion montpensierista, con tal que lo declarára bajo su firma en cualquier periódico. No hubo, sin embargo, quien quisiera ligarse al Duque de Montpensier con semejante compromiso, y los cuatro diputados de la capital fueron republicanos.

De parte de estos mismos tenía el Sr. Calzada, por especiales combinaciones, la oferta de votar dos senadores montpensieristas, con tal que ninguno fuese el

mismo Duque. El Sr. Calzada y los republicanos unidos tenian mayoría en la junta de escrutinio: la eleccion era segura en su totalidad para dos republicanos y dos montpensieristas. No pudo encontrarse tampoco en la provincia de Sevilla, entre tantos como dicen que hay de los últimos, ninguno que quisiera ser senador á costa de declararse francamente en tal sentido, y hubo que recurrir á los señores Calderon Collántes y Mendez Vigo, completamente extraños y desconocidos en aquella comarca, y que se sabía muy bien habian de ser nombrados y optar por la Coruña. Y aquí hay que observar una cosa: de estas dos fuertísimas columnas del montpensierismo, la más fuerte se desplomó á poco de entrar en el Senado, haciendo declaraciones favorables á la persona y á la dinastía de D. Amadeo de Saboya. Con respecto al Sr. Calzada, la más poderosa influencia, en la provincia de Sevilla, para el partido montpensierista, todos saben que desde hace algunos meses se adhirió al partido republicano.

Despues de esto, no es ya posible hablar sériamente de los partidarios con que hoy cuente el Duque, y no queremos abandonar la gravedad con que este asunto bebe tratarse.

Ahora bien; ¿qué papel toca ya al Duque de Montpensier en la política de España? Ninguno. Él pretendió representar la revolucion y ser su rey; la revolucion no le ha encontrado bueno para el caso. Él se apresuró á jurar esa constitucion, negacion y antemural de sus pretensiones. ¿Sería posible que pretendiese ahora deshacer cuanto ha hecho durante tres años? ¿Que se pusiera en tan flagrante y reciente contradic-

upna Universidad Pública de Navarra Nafarroako Unibertsitate Publikoa

cion consigo mismo? ¿Que amase hoy lo que aborreció ayer? ¿Que aborreciera lo que amó? ¿Que pretenda desandar el camino recorrido para encontrar en el punto de partida lo que no ha podido conseguir al final de la jornada? ¡Quimera!

Perdió la partida el Duque de Montpensier, y perdióla para siempre. Y no es para él lo peor el haberla perdido, sino que en el juego peligroso y fatal á que consagró su actividad, su dinero, su inteligencia y su vida, perdió tambien la envidiable posicion que se habia conquistado en este país, el crédito de que supo rodear su casa, la aureola de consideracion y respeto que adornaba á su familia.

Cayó, sí, por completo del pedestal levantado en tantos años de perseverante y calculada conducta. En el momento en que las gentes se apercibieron de la verdad y penetraron el secreto, anteriormente de pocos conocido ó sospechado, desertaron de sus salones las personas que ántes consideraban como un honor el poblarlos, y entraron á ocuparlos en su lugar, con ligeras excepciones, turbas de periodistas mercenarios, de aventureros intrigantes, de mercaderes políticos, de aduladores del éxito y de servidores de la víspera. Mas ¡ay, que éstos tambien huyeron! ¡Cuánta amargura debe encerrar el corazon del Duque al repasar en su memoria este conjunto de figuras, que han ido postrándose ante él, para desaparecer una á una, hasta dejarlo aislado y solitario!

VII.

Es coincidencia singular y digna de fijar la atencion, que sólo despues de haber recibido el postrer desengaño el desairado pretendiente, sólo despues de haber perdido el último amigo, se comenzase á insinuar la especie de una alianza entre los elementos fieles á la causa del príncipe D. Alfonso y el Duque de Montpensier, puesto que de elementos montpensieristas no puede hablarse desde que D. Antonio de Orleans ha visto desaparecer uno á uno en desconsolador desfile todos aquellos entusiastas partidarios de tiempos, si no más felices, más ricos en ilusiones y esperanzas.

Parece ser el principal fundamento de estos rumores la creencia de haber desaparecido el estado de tirantez y no buena armonía en que se encontraba la reina Isabel con su hermana doña María Luisa. Posible es que tal suceda, y lo tendriamos por seguro desde el momento en que la hermana de la Reina, ya impulsada por su fraternal cariño, ya complaciendo á las sugestiones de su esposo, ya tambien á las de su augusta madre, que siempre la ha distinguido con tierno afecto, se haya dirigido á la que fué su soberana, implorando el completo olvido de los hechos pasados. Hay tal fondo de generosidad en el corazon de la Reina; es tanta la magnanimidad de sus sentimientos y la

upna Universidad Pública de Navarra Nafarroako Unibertsitate Publikoa

excelsa nobleza de su alma, que no hay agravio que no perdone, ofensa que no olvide, falta que no disculpe. Estas grandes cualidades, conocidas y apreciadas de todos los españoles, servirian por sí solas de gran contrapeso á todos los errores que pudieran imputársele ante el tribunal de la historia.

Es tanta la ternura de Isabel y el amor á su familia, que, como saben los bien enterados, escribió á su hermana cartas cariñosas y le envió palabras de consuelo, con motivo de las terribles desgracias que han destrozado en estos últimos años el corazon maternal de la Duquesa de Montpensier. En estas cartas, en esos consuelos á la hermana, siempre y á pesar de todo querida, la dignidad de la Reina quedó siempre á salvo y á gran altura, separando con esmerada delicadeza los afectos fraternales de todo cuanto pudiera de algun modo rozarse con la política de España y con los últimos sucesos. Pero, si doña María Luisa ha recurrido al tesoro de generosidad y de amor que encierra el pecho de su hermana; si doña María Cristina ha dado, como creemos, consejos de olvido completo, y ha mostrado con el talento y con el encanto con que ella sabe hacerlo, realzados por la autoridad de madre, la mayor facilidad de traer una restauracion de la dinastía cuando toda la familia real esté unida y animada del mismo propósito; si las personas que rodean á la madre de D. Alfonso la aconsejan en este camino, no hay que dudar por un instante en que la Reina se prestaria gustosa á cuanto de ella en tal sentido se exigiera; y de seguro, olvidando los irreparables males, las terribles ofensas, las injurias miserables y los ataques indignos, en tiempo no muy lejano consentidos, perdonándolo todo, recibiria en sus brazos á su hermana y á su cuñado, dispuesta, en su gran generosidad, á conceder al último cuantas condiciones y ventajas deseára. Y en todo esto no hay para los verdaderos monárquicos, para los amantes del trono, para los respetuosos partidarios de la legitimidad y de los derechos de D. Alfonso, sino motivos de satisfaccion y regocijo; que lo debe causar, y grande, el espectáculo de la que ha sido nuestra Reina dando muestras de sentimientos tan inverosímiles por lo elevados y por lo nobles y por lo cristianos, que no son propios de mortales, y levantan á inmensa altura sobre el nivel del humano corazon á quien es capaz de abrigarlos en su pecho.

Mas, despues del entusiasmo del súbdito, toca su vez á la reflexion del ciudadano; tras el viva ardiente del amante de sus reyes, viene el cálculo del político; en pos de la satisfaccion del hombre de Estado, que se complace en ver enaltecidas por sus acciones las personas llamadas á recibir el homenaje de las muchedumbres, entra la medida, el peso y la prevision con que debe considerar los acontecimientos, destinados á influir, tal vez decisivamente, en la suerte de su patria.

Bueno es que los reyes y los pueblos tengan gran corazon, pero los hombres de Estado, que aconsejan á los unos y dirigen á los otros, para hacerlo con acierto, necesitan tambien eminentes cualidades de entendimiento y de memoria, y los partidos políticos, por medio de los cuales los reyes mandan y los pueblos son gobernados en estos países *constitucionales*, necesitan mirar atentamente lo que hacen, y no lanzarse á

upna Universidad Pública de Navarra Nafarroako Unibertsitate Publikoa

rumbo perdido en aventureras alianzas, en impacientes evoluciones, en inepcias políticas, en compromisos sin honra ni provecho. Y como, segun la Constitucion de 1845, lo mismo que por todas las constituciones modernas, y segun el criterio de todos los partidos, fuera del absolutista, la nacion tiene que intervenir por medio de las Córtes en todos los negocios que puedan afectar á la gobernacion del Estado, ya se trate de regencias, ora de matrimonios, bien de otros asuntos; como nada deben hacer los reyes de cuanto pueda tener influencia en los destinos del país, sin consultarlo con la representacion nacional ó sometiéndolo directamente á ella, entra de lleno bajo las atribuciones de los hombres políticos, y es obligacion de los partidos, discutir todas estas combinaciones ántes que llegue el caso de hacerse posibles.

VIII.

Miéntras tanto, planteemos la cuestion con entera claridad y despojándola de toda clase de nebulosidades.

¿Pretende el Duque de Montpensier venir, *sin condiciones de ninguna especie*, á reconocer los derechos de su sobrino y á trabajar por restituirlo al trono donde nació? ¿Viene como súbdito leal y como tio cariñoso?

¿Viene á procurar, *como uno de tantos*, la restauracion de la familia de su mujer con el concurso de sus riquezas, de su posicion, de su espada, y con el concurso, inmensamente más eficaz todavía, del reconocimiento y de la abjuracion de sus faltas y de sus errores? ¿Viene á cumplir una justa y reparadora expiacion, redimiendo con una conducta noble, generosa y desinteresada los extravíos revolucionarios? Venga en buen hora entónces y acéptese su concurso, sin parar mientes en anteriores hechos. La política de venganzas y de rencores, la política de pasion, ni es propia de partidos nobles y generosos, ni conduce á ningun resultado saludable.

¿Es que viene, no arrepentido, sino convencido de su impotencia y de la vanidad de sus aspiraciones monárquicas? ¿Ve la inminencia y la necesidad de la restauracion, y trata sencillamente de acogerse á su sombra, poniendo á salvo su persona y sus intereses? ¿Se dispone ahora á ofrecer á su cuñada aquella misma espada que no hace mucho tiempo paseó tan inútil y cómicamente desde Lisboa á Córdoba, en la creencia, segun dijo, de que los sublevados de Cádiz eran borbónicos, á quienes se creia en el deber de exterminar? ¿Quiere hacer algo que pueda servir de pretexto para que en el dia de mañana se le devuelvan los honores, las mercedes, las asignaciones, con tanta munificencia concedidos? ¿Quiere solamente ponerse á cubierto, quedarse en San Telmo, continuando su vida de ántes, atormentando su imaginacion diariamente en buscar un detalle, alguna pequeñez nimia que practicar, para hacer contraste con la córte de Madrid? Pues déjesele

upna Universidad Pública de Navarra Nafarroako Unibertsitate Publikoa

en paz, quédese en San Telmo, meditando la manera de hacer de su tertulia *bourgeoise* un espejo de córtes y palacios, entreguésele á sí propio, y permítasele cumplir su destino entre sus bodegas de Sanlúcar y sus jardines de Sevilla. Así como así, todas las dinastías y todos los reyes han tenido siempre algun príncipe ambicioso cerca de ellos, espiando la ocasion propicia de realizar sus proyectos, y puesto que la España moderna copia desde hace muchos años á su vecina Francia, no vemos por qué, miéntras allí subsista en pié el Palais-Royal tan próximo á las Tullerías, no hemos de tener nosotros un San Telmo, que al fin está mucho más léjos de la plaza de Oriente y del Campo del Moro.

Pero, ¿viene el Duque de Montpensier *imponiendo condiciones?* ¿No es una sumision lo que pretende ejecutar, sino un pacto? ¿Reclama influencia política, participacion en el gobierno, quizás el primer puesto del Estado? ¿Se presenta acaso como salvador en medio de la deshecha borrasca que atraviesa, él, que tiene que asirse al clavo ardiendo de la restauracion como último y único refugio de su situacion desesperada? ¿Sería posible que se atreviera á tanto? ¿Y habria alguno que lo tolerase? ¡Vive Dios, que la sangre hierve en las venas y sube al rostro al sentar semejantes suposiciones! ¡Vergüenza eterna sobre el que las escucháre sin contestarlas en el acto cual merecen!

IX.

Acallemos, no obstante, el grito de las pasiones, por más que en este caso sea el grito del honor lastimado, y procuremos razonar fria y tranquilamente sobre la utilidad que podria traer al partido de D. Alfonso una alianza en esta última forma. Supongamos por un momento que no hay vergüenza en aceptarla; que es honrada y digna; que nada hay que reprochar contra ella en el terreno del sentimiento y del decoro; y examinémosla puramente en el de las conveniencias positivas.

¿Cuáles y cuántas son las fuerzas que el Duque de Montpensier podria traer á la obra de la restauracion? En primer lugar su persona. ¡Débil auxilio! Hase probado ya en la anterior y fracasada empresa, en la cual trabajaba para sí mismo, y si de ella salió tan mal, y hasta atribuyen los más el fracaso á faltas de su conducta, y principalmente á ese término medio inherente á su carácter, sin valor para arrojarse al exceso de la audacia, y sin resolucion para mantenerse en la suma de la prudencia, ¿con qué fundamento ha de creerse ahora que alcanzará el máximum de cualidades, no desplegadas en causa propia, cuando sólo trabaje por la ajena y por deshacer lo que él mismo puede decirse que formó?

upna Universidad Pública de Navarra Nafarroako Unibertsitate Publikoa

No debe olvidarse tampoco que el prestigio personal, la fuerza, el empuje, si los habia, están ya tan gastados y arruinados, que no es posible fundar en ellos ninguna esperanza, sin caer en una miopía de las más graduadas.

Poco, escaso, ningun auxilio puede prestar ya hoy con sus cualidades personales quien hizo todo aquello que más perjudicaba á sus propósitos; quien desconoce por completo las cosas y las personas que aspira á manejar; quien llega unas veces demasiado pronto, las más tarde, nunca á tiempo; quien pone su absoluta confianza en agentes ineptos y ridículos casi siempre; quien sirve de juguete á todos los hombres políticos, y de filon explotable á todos los aventureros sin conciencia; quien se asombra de las traiciones y hace aspavientos por ser víctima de ellas, cuando ha estimulado y promovido ardientemente las dirigidas contra otros.

Sin embargo, dirán algunos, el Duque de Montpensier tuvo un partido, y aunque mermado y reducido hoy á escasas y determinadas individualidades, siempre sería conveniente allegar estas fuerzas á las alfonsistas. Creemos haber demostrado que el Duque de Montpensier, realmente, no cuenta hoy con nadie más que con algunos servidores de su persona y de su casa, y con éstos hasta cierto punto; que no es el príncipe una de esas personalidades enérgicas, que llevan y arrastran tras de sí á todas partes á los que sufren de cerca el influjo de su prestigio.

Mas, áun concediéndole los partidarios que no tiene, ¿qué utilidad podrian traer al campo alfonsista estos arrepentidos revolucionarios? Y si vinieran arrepentidos, pase; pero, como habian de venir impenitentes y recalcitrantes en sus errores, y queriéndolos hacer valer para imponer condiciones y arrancar compromisos, ¿se calcula bien el desconcierto, el antagonismo y la lucha que habrian de introducir entre los mantenedores de la legitimidad? ¿se preven los peligros y las complicaciones, consecuencia de acoger en el propio hogar, sentar á la mesa y conceder todos los beneficios de la hospitalidad á un jefe y á una tribu enemigos, que ni han renunciado ni renuncian á sus pretensiones, y que tratan solamente de conseguirlas por el camino de la restauracion, como ántes procuraron alcanzarlas por el despeñadero revolucionario?

Creerán muchos, y tal vez acierten, que la ventaja en esta amalgama vendria á resultar para las ideas y para los hombres que han hecho guerra constante á la revolucion desde el primer dia; porque es una verdad que las cosas caen del lado á que se inclinan, y el dia del triunfo sería probable recibiera el Duque otro chasco parecido, ó quizás más amargo, que el sufrido de parte de los héroes de Cádiz y Alcolea. Quizás semejante raciocinio sea exacto, pero nunca sería sabio ni cuerdo adoptar una alianza que no da mayores probabilidades de triunfo; que, al contrario, las quita, y ofrece riesgos y eventualidades, de las cuales concedemos probabilidades de salir ganancioso, mas tambien se puede salir perdiéndolo todo.

¿Quién está seguro de la proximidad, de la seguridad del triunfo por ese camino de la coalicion? Que tal habria que llamarla, si se presentára con los caractéres bajo cuyo punto de vista la estamos examinan-

upna Universidad Pública de Navarra Nafarroako Unibertsitate Publikoa

do. Suponemos, y es lo racional, porque los poderes constituidos no sucumben nunca en España á la primera acometida, por más que sea poderosa, que una vez realizada la union, por algunos aparentemente tan deseada, la impaciencia y el engreimiento anticipan algun hecho importante, con el cual se espere poner término á la actual situacion; si ésta resiste á semejante prueba, ¿cuál va á ser la consecuencia para los convertidos recientemente á la causa de D. Alfonso? ¿Habrá muchos de los nuevos adheridos que se resignen á vivir en el alejamiento indefinido del poder, en la desgracia, tal vez en el destierro una larga época de sufrimiento y de persecuciones? Las deserciones ya consumadas, ¿no son un precedente seguro de las que vendrian más tarde?

¿Y no es de temer tambien que una vez abierta la puerta á la inconsecuencia y á la veleidad, haya muchos de los que siempre fueron leales, que no consideren ya como una falta irse á engrosar el número de los carlistas ó el de los comprometidos con el nuevo órden de cosas, segun sus inclinaciones más ó ménos liberales? Y si esto sucediese, que lo consideramos resultado lógico y natural de los hechos, y de la descomposicion del partido moderado al contacto y en mezcla con las ambiciones orleanistas, ¿quién, entre los alfonsistas amistados con Montpensier, ni entre los montpensieristas convertidos al borbonismo, tendrá autoridad para arrojar un reproche sobre la frente del que, repugnando entrar en tan absurdo concierto, lleve el concurso de sus fuerzas allí donde su conciencia le dicte que está la salvacion de la patria? Si el partido alfonsista cerrase

los ojos ante los peligros y los riesgos que habria de correr el augusto niño y su derecho, entregado á las ambiciones exaltadas de un Orleans, ¿con qué razon podria reconvenir mañana á los que previendo las tenebrosas oscuridades de un porvenir preñado de males y de siniestras catástrofes, salven su responsabilidad en ellas, reprobando las combinaciones que las dan orígen, y llevando su concurso como único medio que se les deja de evitarlas, á prestar apoyo á cosas y á personas de quienes siempre fueron enemigos? ¿Han meditado bien los hombres que por su posicion y su prestigio están llamados á manifestar su parecer sobre estas cuestiones, en todas las eventualidades de toda especie que acarrearia en pos de sí una amalgama entre el partido moderado y el Duque de Montpensier? ¿Se ha calculado bien toda la trascendencia y el peligro, y todas las consecuencias de confundir una causa noble, justa y llena de porvenir, con otra definitivamente arruinada y muerta en la opinion? ¡Tiempo es aún de meditar sobre ello! ¡Tiempo es aún de salvar al partido moderado! ¡tiempo es aún de evitar grandes males!

X.

No debemos dejar sin particular exámen, para hacer el de esta cuestion en todos los terrenos, la hipóte-

upna Universidad Pública de Navarra Nafarroako Unibertsitate Publikoa

sis, aunque inadmisible á nuestro entender, y reprobada por los hombres sensatos, de que la consecuencia de la alianza entre alfonsistas y montpensieristas fuera un movimiento militar, como camino para traer la restauracion, concediendo al general Orleans las ventajas de propulsor y jefe del citado movimiento. Aparte de la situacion, preñada de dificultades y graves inconvenientes, que traeria en pos de sí un triunfo sobre lo actual, si se consiguiera por la coalicion, y acerca de ello acabamos de hacer algunas indicaciones, ocupémonos ahora exclusivamente de las probabilidades de éxito de semejante movimiento.

Supongamos que el Duque, aprovechando los sentimientos de adhesion y cariño del ejército al Príncipe Alfonso, los ayuda y excita, poniendo en juego los resortes de que hubo de valerse en 1868 para lanzar á la insurreccion, contra su hermana y sobrino, las fuerzas militares de Cádiz y Sevilla, y empuja ahora á la guerra contra lo existente á algunos regimientos, intentando deshacer en 1871 lo que fabricó en 1868. ¿Qué probabilidades de éxito presenta en las circunstancias generales del país y particulares de este alzamiento, una intentona de esta especie?

¿Se pondrian á las órdenes del general Orleans para pelear por ninguna causa, por santa que fuese, los ilustres generales y dignísimos oficiales que en tanto número aquilatan hoy su honor inmaculado y su pundonor intachable con una conducta purísima y acrisolada, de que se encuentran difícilmente ejemplos en la historia, y que forma contraste con la corrupcion de los tiempos presentes? Nos atrevemos á contestar que

no, sin vacilar. Los más de estos jefes y de estos oficiales han significado claramente su actitud en este punto, *ya en las Baleares*, *ora en Alhama*, bien en otras partes. Dispuestos están á obedecer á uno de ellos, á militar á las órdenes del que todos convengan; pero nunca, en ningun caso, formarán parte de un ejército mandado por D. Antonio de Orleans. Nos remitimos á ellos mismos, apelamos á su conciencia, á su corazon y á los altísimos deberes que tienen que cumplir para con su Rey y para con su patria.

¿Qué más? Si hasta un general, conocido por su arranque y su energía, que no es moderado y que tomó gran parte en la revolucion de Setiembre, ha desmentido recientemente, bajo su firma, las inteligencias, supuestas por algun periódico, con el Duque de Montpensier.

Tendria éste que recurrir á generales y oficiales de otro órden, y reclutaria sus adeptos probablemente entre los mismos revolucionarios; algunos desengañados, algunos convertidos, y algunos otros de esos que existen siempre en todas las situaciones y en todos los países, atentos sólo á su medro personal y á su propio engrandecimiento. Con semejantes auxiliares, faltos de fe y desprovistos de entusiasmo, habria de resignarse á declarar guerra abierta al rey de la revolucion.

No parece, por cierto, D. Amadeo falto de valor personal, y tal vez desea las complicaciones armadas, como un medio de afirmar la corona sobre sus sienes. Tienen por indudable sus amigos que el dia del peligro montará á caballo, é irá á ponerse al frente de las tropas que le resten, y á guiarlas personalmente al com-

upna Universidad Pública de Navarra Nafarroako Unibertsitate Publikoa

bate. ¿Quién sabe si en estos momentos decisivos llevaria ventaja el general Amadeo al general Antonio? Carece este último de aquellas cualidades físicas que arrastran á los batallones indecisos, deslumbrándolos y entusiasmándolos por lo brillante de la apostura y el brío del ademan; el pretendiente, pintado con maestra habilidad por *La Época* con la bufanda, los chanclos y el paraguas, no arrastrará nunca en pos de sí grandes masas de hombres, y ménos masas de tropas, que es preciso electrizar con la mirada, con el fuego de la palabra y con las pruebas, dadas á su vista, de un arrojo brillante y temerario.

¿Y es cuerdo ni prudente proporcionar á la revolucion un medio de dar fuerza y seguridad á su rey? Alguno de sus partidarios ha brindado en un banquete porque los enemigos de la dinastía de Saboya proporcionen pronto á D. Amadeo la ocasion de consagrar sus títulos con el de la victoria. ¿Y habrá insensatos que pongan á su alcance lo que tanta falta le hace?

Déjese á los republicanos con sus sublevaciones de paisanaje; déjese á los carlistas con sus partidas de devotos y fanáticos, tristes víctimas unos y otros de las horribles experiencias revolucionarias; en su represion el Gobierno no gana otra cosa que ignominia, derramando sangre de españoles, audaces y valientes para rebelarse, pero impotentes para resistir formalmente á un batallon de cazadores. Don Amadeo no podria tomar parte alguna en esta clase de represiones, sin cubrirse de un ridículo sangriento. No vayais á proporcionarle lo que ardientemente ambiciona: movimientos militares de alguna importancia, en que

encuentre ocasion adecuada de mostrarse á las tropas, haciendo alardes de arrojo y denuedo; combates y batallas, en que haya peligros que arrostrar, y enemigos algo más sérios en el campo que los republicanos y los carlistas; una batalla quizás, que pueda considerarse por sus amigos como el título de su corona.

Reflexiónese que hace ya mucho, mucho tiempo, que ni el pueblo español, ni el ejército, ven á sus reyes á caballo entre sus tropas, corriendo los azares de la guerra; que los pueblos meridionales se apasionan fácilmente de los hombres valientes, aunque carezcan en absoluto de otras cualidades; que la bandera de los Castillejos y la tronera del campamento de Tetuan fueron para el pueblo toda la guerra de África y el gran pedestal de popularidad del general Prim. Reflexiónese tambien que no está aún madura la situacion de España para el triunfo completo de un movimiento militar, aunque va madurando más que aprisa, y no está léjos el dia de la completa sazon. ¿Qué se adelantaria con intentar coger el fruto ántes de su tiempo natural? Espérese á que éste llegue, y si no hubiere paciencia para tanto, aguárdese, cuando ménos, á que D. Alfonso pueda dominar y regir un caballo, y dar á las cosas, con su presencia, con su prestigio y con la fuerza de su derecho, de su inocencia y de sus pocos años, el empuje formidable que ningun otro podrá igualar y al que nada sabrá resistir.

upna Universidad Pública de Navarra

XI.

Pero nada de esto hace falta. La causa de la justicia no necesita en este caso, para triunfar, armarse de los puntiagudos dardos ni de las envenenadas flechas del númida, á que se refiere Horacio en la estrofa que ponemos al frente de este escrito. No se necesita otra cosa que paciencia y tiempo: tiempo, para que acabe de podrirse la situacion, que caerá por su propio peso, sin necesidad de acudir á violentas sacudidas ni á extremos repugnantes á los hombres de órden; paciencia, para aguardar y para no mezclarse aturdidamente en locas empresas, con pocas probabilidades de triunfo, con seguridades de ruina en la derrota, y con tales complicaciones, dificultades é inconvenientes en la misma victoria, que por todos conceptos y razones es imprudente y desatinado el intentarlas.

Para apreciar mejor las oscuridades y el término de ciertos movimientos, fatales las más veces á los mismos principios en cuyo nombre se promueven, hay que fijarse bien en el desarrollo de la revolucion de Setiembre, y en el camino de amarguras y de desengaños recorrido por muchos en estos dos últimos años. Esta serie de hechos forma un gran ejemplar histórico, y es

como un espejo, donde deben clavar su vista con recogimiento los hombres y los partidos que anteponen á todo el logro de sus ambiciones. Por más nobles y puras que éstas sean, hay que tratar de alcanzarlas por medios honrados, sin faltar nunca al deber ni al patriotismo, so pena de manchar la causa santa que se defiende con el contacto de los hechos reprobados puestos en juego para hacerla triunfar.

La vuelta de la dinastía legítima y el reinado de don Alfonso XII son una necesidad para este país, y vendrán, á pesar de todo, por la fuerza de las circunstancias y por obra del tiempo y de las ideas. Unas y otro son los grandes fundadores de dinastías, los que dan y quitan tronos, de que los hombres, simples instrumentos, en todos los grandes hechos sociales, de los altos designios de la Providencia, se imaginan, en su infantil soberbia, que pueden disponer á su antojo.

Hay, pues, que esperar al tiempo y á las circunstancias. Áun no ha madurado el primero ni han llegado las otras, y si algun impaciente ó entusiasta no se resigna á esperar el ya corto plazo necesario, tenga presente que los acontecimientos más fatales é ineludibles se retardan, y se perjudica su advenimiento, cuando se embaraza la marcha natural de las cosas con imprudencias y vanas pérdidas de fuerza, todas las cuales deben conservarse enteras y unidas para el momento decisivo, que no ha llegado todavía. Así, por no esperar un dia, se retarda á menudo en muchos años la ocasion y el momento de triunfar.

No hay nadie que trabaje mejor en la causa de don Alfonso que la situacion actual. Ella demuestra cada

upna Universidad Pública de Navarra Nafarroako Unibertsitate Publikoa

dia la necesidad de la restauracion, y, sin quererlo, sienta piedra sobre piedra en el edificio de nuestras esperanzas y de nuestros deseos. Muy pronto ha de terminarlo, y entónces no habrá casi otra cosa que hacer, que entrarse dentro y recoger la herencia de la revolucion de Setiembre. ¡Triste herencia en verdad!

¿Y quiere decir esto que no se debe trabajar, que nada se debe hacer, sino esperar cruzándose de brazos? De ninguna manera; hay que hacer, y mucho. Hay que sostener nuestros principios y nuestras ideas, con la frente alta y levantada, en el Parlamento, en la prensa, en los libros, en las academias, en la sociedad, en los cafés, en las casas y en las calles. Hay que trabajar en esto, y nunca callar ni guardar ocultos en su pecho afectos y convicciones que muchos profesan y tienen como timidez de declarar en público. Hay que hacer alarde de sentimientos tan nobles y tan leales; que defender semejantes creencias, las más razonables y patrióticas, y hay que presentarlas siempre con dignidad, pero con entereza, frente por frente de la gárrula vocinglería revolucionaria, de la cándida exaltacion carlista ó de la taimada intencion de los egoistas sin convicciones, ateos políticos, más perjudiciales que todos los demas. Hay que mantener siempre y en todas partes la doctrina y la creencia, contra todos, no cediendo jamas una pulgada de terreno, no dejándose arrollar nunca, no callando hasta reducir á silencio al adversario. Ésta es la condicion de los partidos militantes; así se ganan prosélitos; así se confirma á los leales; así se sostiene y aumenta el ardor de los jóvenes, la prudencia de los viejos, la fe y el entusiasmo de todos.

Y hay más que hacer: hay que reunirse, que asociarse constantemente, que considerarse como hermanos los que están unidos por el mismo lazo político, que deponer todos los odios personales, todas las rivalidades, todas las prevenciones.....

Mas ¿á qué proseguir? El objeto de este trabajo no es decir lo que debe hacerse;—ya lo conocen bien los hombres ilustrados y dignos de la comunion conservadora—sino señalar un escollo, evitar un abismo, impedir lo que sería inconveniente y funesto.

XII.

Fijemos, para terminar, un hecho capital, que da á esta cuestion su verdadero carácter.

El partido moderado, bueno ó malo, con sus excelencias y con sus defectos, ha tenido siempre una cualidad distintiva, que no puede perder sin suicidarse: la formalidad. Nunca, en ningun tiempo, el partido moderado ha vacilado en su adhesion y en su respeto á la dinastía. Nunca, en ningun tiempo, ha dejado de ser enemigo de los enemigos de la dinastía, y si alguna vez, llevada la Reina de sus generosos instintos, se ha equivocado sobre este punto, ha procurado con lealtad ilustrar su opinion. El partido moderado, en sus tiem-

upna Universidad Pública de Navarra Nafarroako Unibertsitate Publikoa

pos de prosperidad como en sus épocas de desgracia, ha hecho siempre una política consecuente, y en los puntos fundamentales jamás se ha contradicho, ni ha defendido hoy lo que ayer habia entregado á la execracion del país. En el partido moderado ha habido, sin duda alguna, hombres que han caido, hombres que han prevaricado, que han apostatado y que han salido de sus filas; pero, como colectividad política, como partido, siempre se ha sostenido á gran altura por su perseverancia en la doctrina y por su dignidad en la conducta. ¿Habria llegado el momento en que el partido moderado, ulcerado por el infortunio, en vez de templarse, depurarse y regenerarse al contacto de la adversidad, deslustrase sus timbres, arrojándose locamente en las veleidosas aventuras y en las informales evoluciones, distintivo característico de la Union Liberal? Tenemos el convencimiento de que no será así. Bueno es, sin embargo, que en la crísis actual tengan sus hombres muy en cuenta que el poder, la importancia, el valer de los partidos, como el de los individuos, consiste muy particularmente en sostener su carácter, su índole, su manera de ser de siempre, y en vivir así idénticos consigo mismos, atravesando los tiempos y los acontecimientos, sostenidos é impulsados por la misma fuerza, que no puede cambiarse, sin riesgo de perecer.

Precísanos concluir evocando un recuerdo con dolor en el corazon.

Entre los grandes errores del partido moderado, hay uno que él mismo ha purgado con toda clase de desgracias, y que llora aún la patria con lágrimas de san-

gre: los matrimonios de 1846. ¡Quiera el cielo que el funesto resplandor que aquellos hechos difunden aún por España, ilumine con entera claridad al partido moderado, evitándole una reincidencia, hoy ya sin disculpa!

---

upna Universidad Pública de Navarra Nafarroako Unibertsitate Publikoa

upna
Universidad Pública de Navarra
Nafarroako Unibertsitate Publikoa

upna
Universidad Pública de Navarra
Nafarroako Unibertsitate Publikoa

Se halla de venta, á **dos reales vellon,** en la librería de Durán, carrera de San Jerónimo.